

NINA Y EL PLANETA DE LAS BATALLAS

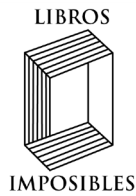
Luis Ant3nimo



LIBROS  IMPOSIBLES

Luis Antónimo

NINA Y EL PLANETA DE LAS BATALLAS



Nina y el Planeta de las Batallas
Copyright © 2023 Luis Antónimo

En cubierta: *Nina y el Planeta de las Batallas*,
por Luis Antónimo, 2023

La reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público, queda rigurosamente prohibida sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, y estará sometida a las sanciones establecidas en la ley.

Primera edición: 2023

Diseño: Luis Antónimo
www.luisantonimo.wordpress.com
luisantonimo@gmail.com

Ediciones Libros Imposibles
www.librosimposibles.wordpress.com

*Dedicado a Óliver,
quien inicia su particular aventura en la vida.*

Antes que nada

A finales del siglo XXI, la exploración del espacio estuvo liderada por dos grandes grupos que competían entre sí. Por un lado, se encontraban Estados Unidos junto con Gran Bretaña, Japón, Corea del Sur y los países de la Comunidad Económica Europea. Por el otro lado se hallaba Rusia, China, India y diversos socios de todo el globo. La distancia y la tensión entre estos grupos en la Tierra se trasladaron al espacio. Aunque no hubo una guerra declarada, fueron muchas las ocasiones en las que estuvieron cerca de iniciar un conflicto total.

Sin embargo, un acontecimiento cambiaría el curso de la historia de la humanidad: el primer contacto con una especie alienígena inteligente. Por un capricho del destino, fue una lejana base rusa la que primero tuvo contacto con los extraterrestres, algo que no compartió con las naciones rivales. Los Venger, como luego se llamaría a los primeros alienígenas, ofrecieron una avanzada tecnología militar y de navegación a Rusia, por lo que esta nación experimentó un desarrollo sin

parangón. Un fenómeno que se trasladó a sus aliados chinos e indios, y que fue el embrión de la Soyuz.

A partir de entonces, Rusia, China e India se distanciaron tecnológicamente de sus rivales, expandiéndose más allá del Sistema Solar y de nuestra Galaxia. Por su parte, Estados Unidos y sus naciones amigas quedaron relegadas a las fronteras del Sistema Solar, incapaces de alcanzar en desarrollo a sus enemigos.

Con el tiempo, devino la inevitable fusión de Rusia, China e India en lo que se denominó la Soyuz, la unión, un sistema regido por siete individuos idénticos, clones de un mismo ser humano con altas capacidades intelectuales, y distribuidos en siete enclaves estratégicos de la Soyuz. Una forma de gobierno que descentralizaba el poder y a la vez lo concentraba en una misma persona: el líder. Una legión de burócratas y un poderoso ejército terminaron de apuntalar a la Soyuz, una civilización que compite en desarrollo y extensión con las demás civilizaciones alienígenas en el cosmos.

Es importante destacar que los viajes espaciales no se llevan a cabo exclusivamente mediante un trayecto directo a través del cosmos, sino también mediante los vórtices: anomalías espacio-temporales que permiten a una nave saltar instantáneamente de un punto a otro en el universo. Sin embargo, presentan varias particularidades: son prácticamente invisibles y solo pueden ser atravesados por objetos con un volumen limitado, como naves de tamaño medio, y a altas velocidades. Estas características han evitado que grandes flotas de guerra crucen los vórtices y tomen por sorpresa a sus enemigos. Al mismo tiempo, permitieron a la Soyuz expandirse y colonizar otros planetas de manera acelera-

da. Además, aunque algunos vórtices son ampliamente conocidos y utilizados, hay muchos que permanecen desconocidos o de los que solo unos pocos individuos tienen conocimiento, aprovechando esta información privilegiada para fines lucrativos o militares.

Por último, unas palabras sobre la protagonista de esta historia: Nina Borisova. Ella es una soyuznika —ciudadana de la Soyuz— originaria del planeta Novaia dos, y Sargento del Cuerpo de Infantes de Marina del Espacio. En concreto del regimiento de élite de los cosacos, verdaderas fuerzas de choque que habitualmente son las primeras en enfrentarse al enemigo, el cual, por desgracia para la Soyuz, no escasea. El talento guerrero de Nina es notable y no en pocas ocasiones se le ordena realizar misiones de carácter secreto a las que le acompañan escasos o ningún compañero. Ella es tenaz y siempre cumple con las órdenes, aunque en su corazón —artificial— siempre revolotea la idea de abandonar la Armada.

Así pues, apreciado lector, realizada esta breve introducción te dejo ya con la historia de Nina.

1
El planeta Penumbra

Los rayos de sol incidían sobre el casco espacial de Nina. El color azul de la estrella Indigo atravesando las nubes verdes, amarillas y rosáceas otorgaba un efecto tornasolado al cielo. A Nina le costaba leer los datos que flotaban en el vidrio del casco, confundiéndose los colores de las letras con los que provenían del exterior. A pesar de ello, comprendía la información: estaba sola en el planeta Penumbra, un refugio de piratas y todo tipo de criminales.

Las suaves montañas y el cielo de color oliva se confundían en el horizonte. Un amplio río de aguas arremolinadas y espumosas rompía el paisaje. A Nina le recordaba el río que señoreaba su ciudad natal, Perm, en el planeta Novaia dos. Ella era rusa por ancestros, si es que eso significaba algo en una civilización donde las antiguas nacionalidades, razas y banderas se habían licuado en una sola entidad: la Soyuz.

Nina se sentó en una roca próxima. Su armadura rechinó. Sacó unos binoculares y observó a su alrededor. Un bosque de árboles con hojas naranja oscuro domina-

ba el paisaje. En el sudeste, a unos cinco kilómetros, un conjunto de casas bordeaban un castillo de torres cuadradas. Todo estaba construido con adobe de un color como el té rojo. Pasó la lengua por los labios. Echaba de menos el té. Era una adicta a esta bebida. ¿Quizás la servían en alguna cantina de aquel pueblo?, pensó con una sonrisa. Se puso derecha —la armadura volvió a chillar— y se dirigió hacia aquel pintoresco núcleo de casas.

Mientras caminaba, Nina cogió su fusil klasnikov y lo cargó. Después lo colocó a su espalda gracias a un imán. A continuación sacó la pistola de aire comprimido CREPÚSCULO de su funda ubicada en la pierna derecha. La cargó con proyectiles venenosos y la volvió a colocar en la funda. De entre las piezas de la armadura que protegían su muñeca derecha extrajo un puñal negro. Era su arma preferida. Quizás porque reducía la distancia entre los individuos, y la muerte era más próxima, más sincera. Todo enemigo sudaba hielo cuando Nina sacaba su puñal. Muchos se habían rendido solo con verlo. Otros habían sufrido una suerte más oscura. Nina jugó con el puñal haciéndolo girar, abstraída en sus pensamientos y con sus ojos azul oscuro fijos en el camino.

El hecho de estar sola en un planeta peligroso no le quitaba el sueño. Pertenecía al Cuerpo de Infantes de Marina del Espacio, exactamente al regimiento de cosacos, una unidad de primera línea acostumbrada a todo. Aquella misión formaba parte de aquel «todo». La palabra infante de marina siempre provocaba una sonrisa irónica en Nina. Los océanos ahora los formaba el inacabable vacío cósmico, manchado de masas de energía y roca, más o menos sólida, que podían formar planetas habitables, como el que pisaba en aquel momento.

Además, Penumbra no estaba habitado por criaturas fanáticas como los Redmun¹ —al menos hasta donde ella sabía—, sino mayoritariamente por fugitivos de la justicia de la Soyuz. No tenía miedo a los hombres. Eran demasiado previsibles.

Pese a su seguridad, existía algo en su misión que la perturbaba. No sabía decir el qué. En principio consistía en aterrizar en el planeta sin despertar sospechas, y eso lo había conseguido cuando una pequeña nave de la Soyuz, camuflada como nave de transporte, la había dejado caer desde la estratosfera, para luego tocar tierra suavemente gracias a un paracaídas desplegado por la armadura. Ahora tenía que localizar a un hombre llamado Carver y hacerle un juicio sumario. No sería ella la jueza, sino un minúsculo robot apodado el Pequeño Robespierre. Aunque ella sí que tendría que hacer cumplir la pena. Pero aquello no era que lo quitaba el sueño. Era ese nombre, Carver, lo que la inquietaba.

Antes de dejar el bosque y adentrarse en la ciudad, Nina se quitó la armadura. Con una orden de su pensamiento y apretando un botón, el metal se abrió como los pétalos de una flor. Nina abandonó aquella piel metálica y se extrajo el casco. El aire refrescó su cabeza humedecida. A pesar de que tenía el cabello rapado, a excepción de una franja de cabello rubio que recogía en una pequeña trenza, al estilo cosaco, la armadura siempre le provocaba sudores.

¹ Los Redmun son una raza extraterrestre de seres con cuatro brazos y cuerpo humanoide, cabeza pelada, tres ojos y piel verde. Cuando el astronauta y explorador Richard Redmun los descubrió, ni a él ni a nadie les parecieron criaturas extrañas, ya que se parecían a los modelos fantasiosos de lo que había de ser un extraterrestre para la humanidad presoyuz. Los Redmun son hábiles cazadores, astutos, testarudos y se pueden pasar días escondidos esperando a su presa.

Aprovechó para estirar su cuerpo de un metro setenta de altura y respiró una bocanada de aire puro sin filtros. Recogió las armas y dio una nueva orden a la armadura. Esta se cerró formando una pelota compacta, abrazando en su interior el casco. Nina la hizo rodar y la escondió en unos matorrales. Después marchó en dirección al pueblo vestida al estilo de cualquier aventurero espacial: chaqueta marrón repleta de bolsillos, pañuelo rojo en el cuello, camisa verde pistacho, pantalones color arena y botas marrón oscuro. De un grueso cinturón colgaba la funda de la pistola. El puñal lo escondió en la bota. El rifle, bien visible colgando de la espalda, al igual que una mochila de tela verde que contenía diversas herramientas y víveres y el Pequeño Robespierre.

Según la información de la que disponía, aquel pueblo no tenía nombre. Daba igual. «La cueva de los bandidos sería perfecto», pensó. La disposición de las casas mantenía cierto orden ortogonal. Flotaba un olor a fritanga. No había nadie en la calle. Quizás era la hora de comer, o quizás no. Era de día, un día muy largo que duraba casi tres meses, con un sol colgando del cielo como un faro a punto de apagarse. No tenía ni idea de las costumbres locales ni tampoco se molestaría en conocerlas.

Escuchó un chasquido detrás de ella. En un rápido movimiento se giró apuntando con el fusil, tensos los músculos. Desde una ventana, un niño pequeño miraba fijamente a Nina. Vestía una túnica blanca y un gorro de tela con forma de pirámide. Falsa alarma. Nina bajó el fusil y miró al niño unos segundos. Los ojos del pequeño brillaban como dos conchas iridiscentes. Si hubiera disparado al niño o le hubieran disparado a ella, nada hubiera sucedido. Los planetas fronterizos con la Soyuz

no tenían ley, como en el Far West. Su cadáver habría sido vendido a los saqueadores y la Soyuz no investigaría su desaparición; simplemente enviaría a otro infante de marina a completar la misión. Conocía bien el procedimiento, por la sencilla razón de que ella había sido, numerosas veces, «el otro» infante de marina, la que termina los trabajos que anteriores soldados han dejado a medias, normalmente porque sus cabezas decoran la entrada de la cabaña de algún líder bárbaro.

Siempre hay una taberna. Puede variar en dimensiones y estética, pero su olor a grasa de tabaco y a alcohol es inconfundible. En aquel pueblo no podía faltar. Nina observaba la entrada y escuchaba la música que se escapaba suavemente desde el interior. Se le puso la piel de gallina. Conocía muy bien aquellas notas. El sol cansado, su canción favorita, un tango muy popular en la antigua Rusia, mucho antes de la colonización del espacio. ¿Qué pintaba esa música tan especial en aquel antro de mala muerte?, pensó Nina. De alguna forma sabían que ella se acercaría a la taberna y, lo más sorprendente, conocían que ella era la infante de marina Nina Borisova del Primer Regimiento de Cosacos Soyuznikos. Poca gente conocía su simpatía por aquel tango, y pocos sabían que siempre que lo escuchaba sucumbía a la melancolía; su alma caía en un abismo sobre el cual podías verter miles de litros de vodka y no llenarlo jamás.

«La suerte está echada», pensó Nina mientras entraba en la taberna y se colocaba un aparato dentro de la boca. Una mujer grande servía en la barra, en la que se apoyaban cuatro hombres. En una mesa redonda jugaban a cartas cinco individuos. Destacaba uno de ellos por su gorro de cowboy, que le tapaba el rostro. Todos menos el cowboy seguían a Nina con la mirada.

—¿Qué quieres? —dijo la camarera mientras sostenía en los labios un cigarrillo de un palmo de largo.

Nina la miró un momento con extrañeza. Después dijo:

—Creía que lo sabías. Un VODKCHAI².

—¿Piensas que soy una adivina, nena? —dijo la camarera a la vez que le servía la bebida en un vaso verde oscuro.

Nina se acercó a la barra haciendo gemir el suelo de madera. Cogió el vaso y se lo bebió de un solo trago.

—La cagaste, nena —dijo la camarera—. El veneno tarda cinco segundos en provocar que tus tripas ardan como salchichas en el fuego. —Rió cerrando los ojos.

Antes de que pudiera reaccionar, un hombre de la barra cogió a Nina por la espalda, rodeándola con los brazos. Otro le lanzó un puñetazo al estómago. Nina se agachó, buscando así absorber el impacto. Al mismo tiempo infló los carrillos. El hombre que la había golpeado miró extrañado a Nina; la soldado sonreía con los carrillos inflados como dos globos. Entonces, desde la mesa de juego, se escuchó una risa burlesca que atrajo la atención de todos, un instante; reía el hombre del sombrero de cowboy. Nina miró al hombre que le había golpeado. Una llamarada salió de la boca de la cosaca y el hombre retrocedió gritando de dolor y con el rostro ardiendo. Después mordió uno de los brazos del individuo que la apresaba. No lo hizo con unos dientes normales, sino con una dentadura postiza de combate que se había colocado antes de entrar en el bar. Los afilados y metálicos dientes atravesaron la chaqueta y la carne, dejando el brazo inútil y chorreando sangre. El hombre dejó ir a Nina, maldiciendo y salpicando de rojo a su alrededor.

2 Bebida que mezcla el vodka y el té.

El hombre del gorro de cowboy continuaba riendo. Los otros jugadores se levantaron a la vez que desenfundaban sus pistolas de energía y comenzaban a disparar a lo loco, hacia Nina. Partes de la madera, el reproductor de música con forma de oreja y las botellas situadas detrás de la barra saltaron por los aires; la camarera cayó abatida con el pecho agujereado. Nina se lanzó al suelo cogiendo el klasnikov y disparando una ráfaga. Los cuatro pistoleros cayeron hacia atrás, como si una mano gigante los hubiera agarrado por el cuello y los hubiera lanzado como muñecos de trapo. Se hizo un silencio de cementerio que se rompió por la risa del único jugador que todavía quedaba vivo. El hombre se quitó el sombrero. Nina levantó una ceja. Conocía demasiado bien a aquel individuo alto y fuerte, de ojos azules y cabello liso caído hacia un lado. La soldado siempre pensó que lo habría encontrado atractivo, si no fuera por su mandíbula de hipopótamo y porque estaba como una cabra.

—¡Firme! —gritó el hombre sonriendo y saludando al estilo militar.

—Carver, o más bien Dónovan. ¿Qué cojones haces aquí? —dijo Nina, incorporándose.

—¿Y cómo sabes que soy Carver?

—Dónovan, a nadie más que a ti se le habría ocurrido asaltar una nave soyuznika con las bodegas llenas de dinero.

—¿Y te lo has creído? —dijo Dónovan.

—Yo no me creo nada. Ya me conoces.

Nina dejó el fusil encima de la mesa. Dónovan miró el arma un instante, brillantes las pupilas, pero rápidamente abandonó la idea de cogerla.

—Sentémonos. Estoy harta de caminar —dijo Nina.

Los dos cogieron una silla y se sentaron uno delante del otro. Nina echó un vistazo a los pistoleros muertos. Se quitó la dentadura de combate y dijo:

—Nunca has sabido rodearte de gente que valiera la pena. Siempre que regresabas de una misión tu escuadrón había perdido la mitad de sus soldados.

—Buscaba la medalla —dijo Dónovan estirando la espalda y sonriendo—. La Soyuz salió ganando expulsándome del ejército.

—¿Y las familias de los soldados?

—¿De qué familias hablas? Todos éramos unos desheredados, unos balas perdidas que no encajábamos en el sistema y terminábamos alistándonos.

Nina frunció los labios y miró a Dónovan con cara de pocos amigos, aunque lo que había dicho era cierto. Se rascó la oreja, magullada durante la pelea, y dijo:

—Vamos al lío.

—¿Ya? ¿Así, tan fríamente? Bebamos antes como antiguos camaradas.

Nina no se sentía cómoda con aquel trabajo. No le gustaba nada la perspectiva de tener que juzgar a Dónovan. Aceptó la oferta:

—De acuerdo. Tomaré lo mismo que tú.

Nina extrajo el puñal de la bota y lo clavó en la mesa. A Dónovan le quedó claro que no había lugar para trampas. Silbando, el antiguo soldado se aproximó a la barra.

—Estos idiotas no han dejado ninguna botella entera. ¡Espera! Aquí queda una.

Dónovan trajo la botella y dos vasos a la mesa. Llenó los vasos hasta el borde derramando el licor fuera.

—Por los viejos tiempos, cuando los culos cagaban buena mierda. —Dónovan levantó el vaso.

Nina cogió el otro vaso y miró seriamente a Dónovan. Después estalló en una sonrisa y bebió de un solo trago todo el licor. Dónovan la imitó y, después de resoplar, dijo irónicamente:

—Empecemos. No es educado hacer esperar a la justicia.

—Sabes que no me gusta esta situación. Eres un idiota, pero tenías huevos —dijo mientras sacaba de la mochila el Pequeño Robespierre y lo colocaba encima de la mesa en posición vertical. Tenía la forma de un pequeño ataúd metálico. Su superficie de color marrón estaba bruñida. El dibujo de una balanza aparecía grabada en oro.

Nina pasó un dedo por el Pequeño Robespierre y la balanza se iluminó. La parte superior se deslizó y del interior surgió una estatuilla de un busto de color plata, de tres dedos de altura. Los ojos eran dos pequeños diamantes azules. El rostro, anónimo, llevaba una peluca blanca con rizos.

—Señor Dónovan Lustmore —dijo el pequeño busto, abriendo y cerrando la boca como un muñeco de ventrílocuo, y con voz metálica—. Con el poder que me ha otorgado la Soyuz, inicio el juicio rápido contra su persona. Todo lo que diga será registrado y quedará constancia de ello. ¿Comprende la situación?

—La comprendo —dijo Dónovan sonriendo.

—Bien —continuó el robot—, se le acusa del robo de diez millones de créditos, así como de otros objetos de arte pertenecientes a la Soyuz. ¿Cómo se declara?

—Quiero hablar con mi abogado.

—Debido a la inmediatez de este juicio, este juzgado le ofrece un abogado de oficio.

Del interior del Pequeño Robespierre surgió otro busto, idéntico al primero, pero con los ojos de color verde. Se trataba del abogado de oficio, que dijo:

—El acusado se declara inocente y alega borrachera. No sabía lo que hacía. —El busto se escondió de nuevo en el receptáculo.

Dónovan se sirvió otro vaso de licor y dijo:

—Brindo por la justicia. —Vació el vaso y lo arrojó riéndose.

—Este tribunal contempla como atenuante la borrachera —dijo el busto de ojos azules—, pero el comportamiento díscolo del acusado, durante el juicio, agrava la sentencia. ¡Señor Dónovan Lustmore! ¡De pie!

Dónovan se levantó de la silla. Apretaba los labios conteniendo la risa.

—La Soyuz le condena a devolver todo el dinero y los objetos robados. También se le condena a morir. Sentencia que será ejecutada por la infante de marina aquí presente una vez haya descubierto la ubicación de los objetos robados. La infante de marina tiene el permiso de este tribunal para utilizar la tortura si fuera necesario, en el caso de que el condenado no colaborase. ¿Unas últimas palabras?

—Yo no robé nada —dijo Dónovan.

Nina lo miró extrañada. Parecía que lo decía de verdad.

—Queda constancia de sus palabras —dijo el minúsculo juez—. Infante de Marina Nina Borisova, por favor, proceda a ejecutar la sentencia.

El Pequeño Robespierre se escondió y el ataúd se cerró, apagándose las luces que emitía y permaneciendo en un silencio sepulcral. Nina y Dónovan se miraron. Él sonreía; ella, no.

—¿Qué cojones pasó en esa nave?

El exsoldado se sentó y llenó los dos vasos.

—No toqué ni un solo crédito, ya que no había ni una sola moneda.

—¿Qué había, entonces? —Nina bebió un trago.

—La cabeza de un duende³.

—Mierda.

Nina se mordió el labio inferior y miró a ninguna parte, pensativa. Luego dijo:

—¿Todavía lo tienes?

—Sí.

—Enséñamelo.

—Si lo hago me liquidarás.

—Lo puedo hacer ahora mismo.

—A fin de cuentas, lo harás igualmente —dijo Dónovan encogiéndose de hombros—. Ven —añadió dirigiéndose a una puerta opuesta a la de entrada.

Nina recogió las armas y el Pequeño Robespierre y siguió a Dónovan, quien abrió la puerta e invitó a Nina a pasar. Justo antes de cruzarla escuchó un rumor de gente. Se giró y miró hacia la entrada de la taberna. Un grupo de hombres y mujeres, con la mirada vacía y vestidos con túnicas sucias y sandalias, miraban los cadáveres con deseo. No se atrevían a cruzar el umbral.

—Limpiadores —dijo Dónovan—. Esperan que nos larguemos.

3 Los duendes son una raza alienígena de aspecto humanoide y de figura estilizada, de ojos almendrados y cabellos sedosos. Son unos radicales defensores de la naturaleza en estado salvaje y poseen poderes psíquicos. De hecho, impulsan sus naves gracias a los poderes mentales de sus antepasados: utilizan las cabezas de los muertos (aunque no están completamente muertos) para extraer de ellas la energía psíquica suficiente para desplazarse a grandes velocidades.

—Ya veo que este pueblo es ideal para hacer turismo.

—No está mal. Vamos.

Los dos salieron de la taberna y enfilaron la calle. Nina miraba a un lado y a otro, sondeando la posibilidad de un francotirador.

—¿Te quieres tranquilizar? —dijo Dónovan.

—He visto demasiadas cosas. No puedo fiarme.

—Los únicos tiradores que podían existir en este pueblo te los has cargado.

—Pues eran bastante malos.

—O tú muy buena.

—No me lamas el culo.

—La verdad, te debo una.

—No me hagas reír.

—Debía dinero a todos los que había en la taberna: los sueldos por atacar la nave, deudas pasadas... Hoy es mi día de suerte.

—Lástima que tenga que matarte.

—No adelantemos acontecimientos. Déjame paladear mi fortuna.

Nina negó con la cabeza a la vez que rió con la nariz. Luego dijo:

—La verdad es que no entiendo cómo has sobrevivido hasta ahora.

—Lo decía mi madre: nací con una flor en el culo. Pero tú tampoco lo has hecho mal.

—¿Quieres que te enseñe todas las cicatrices e implantes que tengo en el cuerpo? Estoy hecha una mierda de tanta lucha.

—No me importaría verte desnuda.

—Sigue soñando.

Recorrieron varios callejones hasta que llegaron a un edificio que parecía un almacén. Dónovan acercó su muñeca a la boca y dijo una palabra sin significado a su CERV⁴. La puerta del almacén se abrió en silencio. Dentro estaba oscuro. Dónovan no había dado dos pasos que Nina ya le había encañonado la nuca.

—Espera un momento —dijo Nina—. No tan aprisa. Que salga el perro o te frío.

—Klom, sal —dijo Dónovan con aire triste.

Silencio. Se rompió al cabo de unos segundos.

—Klom no quiere salir —se escuchó desde el interior del almacén.

—Ya lo has escuchado —le dijo Dónovan a Nina.

—Klom, arrojaré una DESTRIPIADORA⁵ —dijo Nina.

Silencio. Pasaron varios segundos y se escucharon unos pesados pasos procedentes del almacén. Apareció una figura alta y gruesa, de piel verde y con cuatro brazos, cada uno con una pistola de energía. La cabeza esférica enmarcaba tres ojos sin párpados. Una amplia boca servía de nido a toda una colección de afilados dientes con forma de pequeños garfios. Un cinturón y un slip eran las únicas piezas de ropa que vestía.

—Fantástico, un Redmun —dijo irónicamente Nina—. Tira las armas. ¿O no has entendido la situación?

—La situación es que tengo cuatro pistolas y tú solamente una —dijo el Redmun.

4 Cerebro sintético integrado en el cuerpo humano como un sistema nervioso adicional. Dispone de sentidos propios que ofrecen información a su anfitrión. Es capaz de comunicarse con diferentes dispositivos vinculados. Dependiendo de la versión del CERV, puede llegar a controlar y mejorar el funcionamiento de órganos como el corazón.

5 Granada inteligente que detecta a los seres vivos que la rodean. Dirige su fuerza explosiva sobre estos, en especial sobre sus tripas.

—Sí, pero yo estoy en medio —dijo Dónovan—. Klom, no seas testarudo —añadió, desaparecida la sonrisa de su boca.

—Todos perdemos, Klom —dijo Nina—. Mi pistola es de veneno. Aunque te impacte en el brazo estarás jodido. En tu partida, Dónovan y yo morimos. Pero tú te vienes con nosotros.

—Demasiada cháchara —dijo Klom—. No hay nada más cierto que los hechos.

—Sí, pero los hechos no albergan el matiz de que yo perderé la vida —dijo Dónovan nervioso—. Y, si pierdo la vida, no tendremos acceso a la cabeza del duende —añadió con un tono indignado.

Los ojos de Klom miraban en todas direcciones, como enloquecidos.

—Buena señal —dijo Nina.

Uno detrás de otro, los ojos volvieron a quedarse fijos.

—A veces los matices son importantes —dijo Klom enfundando las cuatro pistolas en las cuatro fundas de su cinturón.

Nina bajó su pistola y la enfundó. Conocía a los Redmun. Les gustaba la deportividad. Matar a traición no aparecía en su código ético.

—Te perdonaré que no me hablaras de Klom —dijo Nina a Dónovan—. He disfrutado viéndote sudar de miedo —añadió sonriendo.

Dónovan no respondió. Se adentró en el almacén y ordenó al CERV que encendiera las luces. El interior se iluminó, arrojando luz sobre multitud de cajas metálicas. Todo aquello apestaba a contrabando, pensó Nina. Dónovan se arrodilló en el suelo y dio nuevas instrucciones

a su CERV. Delante de él, y como por arte de magia, ya que el suelo era completamente liso, se levantó una losa cuadrada de un metro y medio de lado. La losa se desplazó hacia un lado dejando a la vista una apertura que incorporaba unas escaleras de mano.

—La cueva de los ladrones —dijo Dónovan, que había recuperado su habitual humor.

—Yo bajaré la última —dijo Nina.

—Como veas —dijo Dónovan, que dio instrucciones al CERV para que se cerrara la puerta del almacén.

Bajaron los tres por la apertura y llegaron a una sala abovedada. Nina observó que la apertura quedaba sellada al regresar la losa a su posición original. En la sala había más cajas, unos asientos y una mesa con un ordenador. Una puerta al fondo sugería más pasadizos y habitaciones. Dónovan se sentó delante del ordenador y se comunicó gracias al CERV con la máquina. Esta proyectó una imagen sobre la pared. Klom miraba con curiosidad a Nina mientras la soldado observaba los datos que bailaban en la pared. La pantalla terminó mostrando una roca gris que flotaba en el espacio.

—Aquí tienes la cabeza —dijo Dónovan.

—Eres tramposo —dijo Nina.

—Sin ninguna duda —dijo Klom.

—Me la has jugado —dijo Nina—. ¿Dónde cojones está esta piedra?

—En el sistema Krasni⁶ —respondió Dónovan—.

6 Sistema compuesto por una estrella roja y cinco planetas que orbitan a su alrededor. En el sistema Krasni viven las cuatro razas de los llamados Demonios, unos humanoides de piel de diversos colores (rojo, negro, verde y blanco), orejas puntiagudas, dientes afilados y una cultura fuertemente militarista. Se dice que son parientes lejanos de los duendes. Cuatro planetas luchan entre ellos en el llamado Planeta de las Batallas. La escala social y el prestigio de

¿Pensabas que dejaría aquí la cabeza? Sabía que vendrías tarde o temprano, vosotros o los duendes. En Krasni se encuentra en un lugar seguro.

—¿Estás loco? ¿En Krasni? —dijo Nina sorprendida.

—Digamos que tengo tratos con ellos —dijo Dónovan.

—Veo que estás peor que antes —dijo Nina negando con la cabeza.

—Sacaré una buena cantidad de quien pague más. Suficiente para retirarme —dijo Dónovan.

—Sin ninguna duda —dijo Klom.

—¿Tú quién eres, el coro que lo repite todo? —dijo Nina a Klom con enfado.

Klom y Dónovan rieron.

—¿Quieres jugar con la Soyuz y con los duendes al mismo tiempo? —dijo Nina—. Te destriparán por ambos lados.

—La Soyuz robó la cabeza —dijo Dónovan—, algo de lo que no te han informado. Por eso la transportaron a escondidas en la nave comercial que abordé. Pero no les pertenece. Es la cabeza de un duende muy poderoso. Si la Soyuz consigue investigarla, podría desarrollar una tecnología semejante a la de los duendes. Al mismo tiempo, los duendes necesitan recuperarla para proteger sus conocimientos. ¿Quién pagará más? —Mostró los dientes.

—Te olvidas de que yo estoy aquí y de que represento a la Soyuz —dijo Nina con una ceja levantada.

—También los duendes se encuentran en Penumbra —dijo Dónovan—. No sé si ellos serán tan amables como tú cuando me encuentren.

los Demonios se determina por sus victorias en el campo de batalla. De tanto en tanto se alían entre ellos para formar expediciones de saqueo sobre otros sistemas. Son crueles, especialmente con otras especies.

Klom rió a la manera de los Redmun, emitiendo un sonido gutural al inspirar y un grito corto al espirar. Rió repetidas veces hasta que el sonido de una explosión cortó la respiración de los tres.

—Ha sido en la entrada del almacén —dijo Dónovan.

—Ya no existe puerta —dijo Klom.

El Redmun proyectó con el ordenador la imagen de una cámara que vigilaba el almacén. Se veían unas figuras estilizadas de largos cabellos lisos y orejas puntiagudas caminando por el interior del mismo. Vestían trajes ajustados de colores vegetales; pequeños rifles de energía y espadas curvadas colgaban de sus cinturones. Uno de ellos miró a la cámara con sus grandes ojos almen drados. Sonrió curvando unos labios de color morado. La imagen de la cámara fue sustituida por el siguiente mensaje sobre un fondo negro: «Error de comunicación con la cámara. Fallo general del dispositivo».

—Duendes —dijo Dónovan.

—Han reventado la cámara con sus poderes mentales —dijo Nina, quien miró hacia el pasadizo por el que habían descendido.

Fue un segundo, tal vez dos, en los que Nina no prestó atención a Dónovan. Suficientes para que el exmarine huyera por la puerta del fondo. Nina dio un paso para atraparlo. Klom le barró el paso y sonrió.

—Ahora no, Klom —dijo Nina.

—Todo lo contrario. Ahora es un excelente momento —dijo Klom colocando sus cuatro brazos en actitud de lucha.

Nina lanzó una patada al pie de Klom a la vez que le dirigía un certero rechazazo, como un cohete, sobre el pecho. Los brazos del Redmun se hicieron un lío y el

golpe dio de lleno. Nina conocía que los Redmun tenían un punto ciego bajo el plexo solar. Una zona donde el cerebro se volvía idiota y no sabía con qué brazo detener el golpe. Una artimaña que le explicó un luchador profesional que se ganaba la vida en los rings de todo el cosmos. Desgraciadamente, dicho truco solo servía una vez. Una vez aplicado, el Redmun aprendía la lección.

Klom cayó de culo expeliendo todo el aire que le quedaba en los pulmones. Nina aprovechó para extraer el puñal de la bota y colocárselo en el cuello del Redmun, con la justa presión para no rajarle la piel.

—Se acabó —dijo Nina.

—No se valen cuchillos. Juego limpio, por favor, Nina —dijo Klom como un padre que regaña a su hija pequeña.

Sorprendentemente para la cosaca, Klom se escabulló y lanzó, como si se tratara de una ametralladora, una ráfaga de puñetazos. Sin ninguna duda, la técnica más peligrosa de lucha que podía utilizar un Redmun —junto con el estrangulamiento múltiple—. Nina se defendió como pudo hasta que fue abatida. Ya en el suelo y con diversos moratones en la cabeza, respiró profundamente. Klom la esperaba sonriente, moviendo la mandíbula a uno y otro lado.

—Quizás para jugar limpio tendrías que esposarte dos brazos —dijo Nina.

—Reflexionaré sobre tu afirmación —dijo Klom—. ¿Te levantas? —añadió sin quitarse la sonrisa de la boca e invitándola a que se le acercara con el mismo gesto repetido en sus cuatro manos.

Una explosión en la apertura del techo llenó de humo la sala. Nina aprovechó la confusión para levantarse y darle una patada baja a Klom. El Redmun murmuró algo,

irritado. De pronto, la tapa que había sellado la apertura salió volando como un polilla errática, realizando giros y dirigiéndose de un lado a otro de la sala, pasando peligrosamente sobre las cabezas de los dos luchadores. Los duendes la movían gracias a sus poderes, pensó Nina. La cosaca, más bajita, no se lo pensó dos veces y se dirigió hacia la puerta del fondo. Klom quiso atraparla, pero la tapa voladora le impactó en la nuca y cayó de morros al suelo como un saco de manzanas verdes. Nina intentó abrir la puerta; estaba cerrada. Buscó su fusil y lo vio sobre la mesa de la computadora. Dio un salto y lo cogió; disparó un rayo en el paño. La puerta se abrió violentamente. Escuchó unas voces melodiosas y graves, propias de los elfos, en el almacén. Nina disparó una ráfaga, primero sobre la tapa voladora y después hacia la entrada del pasadizo, quemando el cemento y haciéndolo saltar en todas direcciones. Los duendes gritaron sin perder la armonía. Nina corrió hacia el túnel con el que comunicaba la puerta. Una vez dentro, frió a tiros la puerta y la mampostería, dificultando así el paso.

Enfiló el túnel sin saber a dónde la conduciría. Corrió un puñado de minutos iluminándose gracias a una linterna incorporada en el fusil. Llegó a otra puerta cerrada. La reventó y continuó por los pasadizos. Al cabo de unos minutos, un rumor de gente y música, olor a humo de tabaco y fritos, así como una luz amarillenta rodearon a Nina. Se acercaba a lo que parecía la salida. Cuando llegó, se paró en seco, sorprendida por lo que vio: una gigantesca sala abovedada en la cual miles de individuos pululaban de un lugar a otro, hablando en grupos, comprando en pequeñas paradas, comiendo, riendo, escuchando música en directo o transportando cajas ayudados por

robots de carga. Un mercado enterrado lleno de vida que contrastaba con la monotonía del exterior. ¿Pero dónde encontraría a Dónovan en aquel hormiguero? Buscó su cabezón entre el tumulto. Era como buscar una aguja en un pajar. «¡Bastardo! Aunque...», dijo entre dientes. Miró atrás y sonrió. «Si yo no puedo, es posible que ellos sí», pensó. Nina bajó por unas escaleras de piedra que la condujeron al mercado. Allí se confundió entre la gente, sin perder de vista la entrada del pasadizo.

Los duendes no tardaron en aparecer por la boca del pasadizo. Sus fisonomías estilizadas y los vestidos ajustados destacaban en relación con la multitud que rodeaba a Nina: gente sucia, de rostros quemados —algunos por radiación—, mirada astuta y talento para la evasión, el engaño o la traición más rastrera.

Uno de los duendes concentró su mirada en la multitud. Nina apretó los dientes y agarró su fusil. Si la señalaban a ella, no dudaría en disparar. Pero el duende señaló a otro punto con el índice. Nina miró en la dirección del dedo. No veía nada a causa del gentío. Sin dudarlo, subió a la espalda de un hombre algo encorvado próximo a ella y, poniendo los pies en los bolsillos del pantalón del individuo, se alzó para observar mejor. Efectivamente, localizó un cabezón que bien podría ser el de Dónovan. Dejando atrás el hombre que le había servido de improvisada escalera y que no paraba de insultarla, corrió entre la multitud apartándola con determinación y en dirección a su objetivo.

Dónovan hablaba con tres individuos, aparentemente sin haberse enterado de nada. Sin embargo, cuando Nina se encontraba a diez pasos de él, Dónovan señaló a la cosaca. Los tres individuos, corpulentos y de ojos

pequeños y taimados, se dirigieron hacia Nina. Los tres metieron las manos en sus chaquetas. Nina comprendió que buscaban algún juguete con que pulverizarla. No se lo pensó dos veces: se arrodilló y disparó a los tres mediante una ráfaga. Al primero le estalló la cabeza, a los otros dos les abrió el pecho. «Tres idiotas más que han escuchado a Dónovan», pensó Nina.

La multitud miraba a Nina sin excesiva sorpresa; se mordían los labios. Comprendieron al instante la pasta con la que estaba moldeada la soldado. No querían problemas que pudieran estropear sus negocios metiéndose en una pelea que nada tenía que ver con sus intereses. Aun así, un grupo de hombres armados, garantes de las buenas maneras del mercado de Penumbra, se dirigieron hacia el origen del tiroteo. Portaban unos cascos con luces intermitentes; uno de ellos gritó a través de un altavoz en miniatura: «¡Dejen pasar a la guardia! ¡Que nadie se mueva!». Obviamente, Nina se movió.

Como una serpiente en su medio, Dónovan se escaulló entre la gente. Pero no podía huir eternamente. Nina sabía que ella era más rápida y, tarde o temprano, aquel pestífero mercado terminaría. O a ese cabrón le salían alas, o lo terminaría atrapando, pensó Nina. Entonces, sus ojos se abrieron como dos lunas azules: uno de los duendes estaba volando por el aire, con el cuerpo horizontal y los brazos caídos. Nina miró a la salida del pasadizo. Reconoció allí al duende que había mirado directamente a la cámara del almacén justo antes de estropearse. Este concentraba su mente con una mano apoyada en su cabeza. Estaba claro que utilizaba sus poderes mentales, pensó Nina.

El duende volador vio a Dónovan y lo señaló. Inmediatamente, el otro duende con poderes lo dirigió hacia allá. Al mismo tiempo, Dónovan se agarró la cabeza con las dos manos, apretando los dientes por el dolor que sentía; los ojos le brillaban sanguinolentos. Nina comprendió que estaba sufriendo un ataque mental.

Dónovan no ofreció resistencia cuando el duende cayó sobre él como un águila cazando a su presa. Lo agarró y se lo llevó volando. Nina se mordió los labios. Respiró hondo y corrió dándose impulso con largos pasos. Saltó sobre la mesa de una parada que vendía lagartos secos y se dio un nuevo impulso apoyando el pie sobre el hombro del vendedor. Gracias a este último trampolín voló unos segundos por el aire, suficientes para coger de las piernas a Dónovan, tirar de él con fuerza, y arrancarle así la presa al duende. Cayó con Dónovan encima de ella, pero la multitud sobre la cual impactó le sirvió de colchón. Evidentemente, un improvisado cojín que comenzó a gritar y a maldecir.

El duende volador no se desanimó e intentó recuperar a Dónovan, pero Nina lo amenazó con CRESPÚSCULO y el duende se quedó flotando con cara avinagrada. Nina no quería herir o matar a un duende. No tenía nada contra ellos. Y, aunque la Soyuz los había ofendido robando aquella cabeza, ella no añadiría más agravios al asunto, si podía evitarlo.

—¡Vámonos, Dónovan! —gritó Nina, que vio a los sheriffs del mercado aproximárseles.

—Me duele la cabeza —dijo Dónovan.

—El duende te está agujereando la mente con sus poderes.

—Compré un trasto antimentalistas —dijo Dónovan indignado, cogiendo un pequeño aparato que tenía enganchado detrás de la oreja y arrojándolo al suelo.

—Tú que te dedicas a estafar, ¿por qué te sorprendes de que te estafen a ti? —Nina cogió del brazo a Dónovan y se lo llevó casi a rastras.

—¿De dónde sacas tanta fuerza con lo menuda que eres?

«De la rabia», pensó Nina abriéndose paso a gritos, golpes e incluso patadas.

—Esto iba destinado a ti —dijo Dónovan—, pero veo mejor utilizarlo con esos idiotas.

Dónovan extrajo de su chaqueta una bola negra y metálica con un interruptor. Lo apretó y lanzó la bola unos metros a su espalda. Al cabo de un momento, de la bola comenzó a surgir un humo negro y fétido a la par que emitía un pitido agudo y repetitivo que taladraba los oídos.

—¿Y con ese juguete creías que podrías detenerme?

—Esto solo es el principio. —Sonrió Dónovan.

—Si no te han estafado otra vez.

Cuando la policía del mercado llegó al origen de la humareda, la bola inició una lluvia de disparos de energía azul sobre todo ser viviente que se encontraba a su alrededor. Los disparos no mataban, pero, quienes los recibían, daban un salto y se plegaban con el rostro crispado, como si padecieran lumbago.

—¿Dónde ibas cuando huías de mí? —dijo Nina.

—A esa salida —señaló Dónovan.

Nina corrió hacia allá tirando de la manga de Dónovan. Entre dos tiendas se abría un estrecho callejón que conducía a una puerta de madera. Gastada por el tiempo y el uso, se abrió sin resistencia cuando Nina la forzó. Un pasadizo oscuro y húmedo se presentó delante de ella. Lo iluminó con su fusil y avanzó.

—No te encantes y sígueme —gritó Nina.

Corrieron durante varios minutos hasta que Dónovan, sin aliento, pidió ir más lentos. Nina aflojó el paso, pero le dijo a Dónovan que fuera delante; ella vigilaría la retaguardia con el rifle. Así caminaron durante un cuarto de hora más, hasta que el pasadizo comenzó a inclinarse, formando pendiente hacia arriba. Pasados diez minutos, una nueva puerta, esta de metal, les barraba el paso.

—Déjame a mí —dijo Dónovan haciendo girar un volante circular, como si se tratara de la puerta hermética de un barco.

La puerta se abrió y entró un chorro de agua que les mojó las botas. La luz azulada de la estrella Indigo entró refrescando el ánimo de Nina. La puerta conducía a un pequeño estanque medio seco envuelto por un paisaje árido. Escucharon un sonido intenso, como de motores en funcionamiento, muy cerca de ellos.

—Es la nave de los sectarios⁷ —dijo Dónovan sonriendo.

Nina lo miró y levantó una ceja.

—¿Querías...? —dijo Nina.

—Quiero. ¿Cómo si no marcharemos de Penumbra?

Dónovan salió al exterior y se acercó a unas rocas donde se escondió a la vista de alguien que rondaba más allá y a quien Nina no podía ver. La soldado respiró hondo y

7 Los sectarios son un grupo de individuos sin raza o nacionalidad determinada, que creen en un dios que existe con un cuerpo material, en algún lugar del cosmos. Visten con túnicas, capuchas y un cinturón. Normalmente van armados y son bastante agresivos. Nada los detiene en la búsqueda de su objetivo. Siempre andan buscando pistas que les conduzcan a su divinidad, de la que no saben nada: ni forma, ni credo, etc. Poseen un código de conducta y unas jerarquías establecidas en el Manual para la búsqueda de Dios, escrito por el creador de la secta, Allan Milterstone, un antiguo infante de marina espacial muerto hace más de un siglo.

arrugó las cejas. ¿Para qué cojones seguía a Dónovan?, pensó. El Pequeño Robespierre fue claro: debía eliminar a ese pirata. Todo se había liado formando una pelota de basura. Algo propio de Dónovan y sus ideas. Sonrió recordando los viejos tiempos, cuando las cosas eran más simples y ella no era más que una sargento que cumplía órdenes sin preguntar. Y cómo al regresar de una misión se emborrachaba con los chicos de la cantina, fumando sin parar cigarrillos psicotrópicos y bailando música de la que nadie sabía el autor y ni le importaba. «El pasado, el puto pasado», pensó expulsando los recuerdos y regresando al presente, sudoroso y con olor de cañón quemado por los disparos. «No me queda otra si quiero encontrar la cabeza», dijo para sí saliendo al exterior y situándose detrás de Dónovan, agachada y alerta.

A unos treinta metros se encontraba posada en tierra una nave espacial con forma de almendra; mantenía los motores en marcha: dos turbinas, situadas en ambos lados, giraban con escasa potencia. En un lateral se abría una puerta con una rampa desplegada. Fuera de la nave pululaban una veintena de individuos con túnicas y capuchas de tela marrón, negra o roja. Portaban pistolas de energía, cuchillos y espadas. Caminaban absortos alrededor de cinco monolitos construidos en malaquita, de veinte metros de altura y situados en medio de un descampado.

—¿Qué hacemos? —dijo Dónovan.

—¿Qué hemos de hacer para qué? —dijo Nina de mala gana.

—Para coger la nave.

—¿No tienes ningún plan?

—Ya te dije que no.

Nina miró a Dónovan como si mirara a un bicho raro. Aún no se creía lo que estaba oyendo.

—¿Cómo cojones has sobrevivido hasta ahora? —dijo Nina.

—La nave, Nina.

Nina se mordió los labios y dijo:

—Corre hasta la puerta de la nave. Te cubro desde aquí.

—No me gusta el plan.

—A mí no me gustas tú.

Nina empujó a Dónovan con la punta del rifle. Este miró a su alrededor y comenzó a correr en dirección a la puerta. Nadie se percató de su presencia hasta que alcanzó la entrada, de la que salía un sectario justo en el momento en que Dónovan quería entrar. Nina se dio un golpe en la frente con la palma de la mano y apuntó a los sectarios. No quería disparar, pero, ¿qué alternativa le quedaba? ¡Los duendes podían aparecer en cualquier momento!

Sorprendentemente, Dónovan se deshizo del sectario sin atraer la atención de los que se encontraban entre los monolitos. Después indicó con un gesto a Nina para que fuera a la nave y desapareció en su interior. Nina irguió su cuerpo y, atenta a su alrededor y con el fusil preparado, corrió hacia la nave. A los tres pasos, los motores comenzaron a rugir. La nave se elevaba. Nina maldijo a Dónovan. Los sectarios, sorprendidos, gritaban y corrían hacia la nave. Nina saltó y se agarró a la rampa justo cuando esta comenzaba a plegarse. Como un trapecista de circo, colgaba de un extremo de la rampa a la par que maldecía al piloto. Arrojó el fusil y balanceó el cuerpo, una, dos veces, luego realizó una voltereta en el

aire y entró en la nave cayendo de culo en el suelo. Gritó cabreada. La puerta de la nave se cerró. Los sectarios ya no eran más que diminutos puntitos agitándose sobre la lejana superficie de Penumbra.

«Ven a la cabina. Voy a poner en marcha los propulsores», gritó Dónovan por los altavoces de la nave. Nina caminó por los pasillos de la nave cojeando y con una mano en las nalgas. Cuando llegó a la cabina se sentó en el asiento del copiloto, estiró los pies encima del panel de mandos y extrajo de su mochila un cigarrillo. Lo descaulló y se encendió solo. Un aroma avainillado flotó por la sala mientras Nina daba profundas caladas.

Dónovan miraba pensativo el cielo tornasolado a través de los grandes vidrios rectangulares de la cabina. Apretó unos botones, pero se dio cuenta de que algo no funcionaba.

—Mierda, el motor de propulsión está alquilado a los Chamel⁸ —dijo Dónovan.

—Tendrás que hablar con el cara amargada⁹, si quieres salir de la atmósfera —dijo Nina exhalando el humo del cigarrillo.

Dónovan dejó la nave en piloto automático, se levantó refunfuñando de la silla y se dirigió hacia la sala de máquinas. Nina lo siguió con curiosidad, colgándole el

8 Los Chamel son una raza alienígena de forma humanoide con la cabeza semejante a la de un camaleón. Viven en el planeta Pantano, un mundo de aguas fangosas y clima húmedo, repleto de insectos y una continua neblina. Poseen el sistema para impulsar naves más avanzado de todo el universo conocido. A menudo alquilan su tecnología tanto a la Soyuz como a otras civilizaciones, pero siempre con un técnico Chamel; nunca venden los secretos de su ciencia. Los Chamel poseen un sistema de castas muy riguroso.

9 Apodo entre los humanos, de los Chamel por su actitud apática y su rostro inexpresivo. Cabe apuntar que los humanos no comprenden los sutiles cambios (movimientos de ojos o color cambiante de la piel de los Chamel) repletos de significado para esta raza.

cigarrillo de los labios. Los dos atravesaron diversas salas y pasillos hasta llegar a una escalera de mano. Descendieron por ella a una sala inferior de color verde oscuro, muy húmeda. Un humanoide de extremidades flácidas y cara de camaleón aburrido, vestido con un uniforme de trabajo de color gris, contemplaba a los dos visitantes masticando algo y eructando, de tanto en tanto, durante el largo y pausado proceso digestivo en el que se encontraba.

—Hola, soy el nuevo capitán de la nave. Me llamo Dónovan.

—Hola, soy Dranga, capitán de este motor Chamel modelo 47 —dijo el Chamel con una voz carente de fuerza en la pronunciación, y donde la «t», la «r» o la «d» parecían eses.

Dónovan apretó los puños. Nina sonrió. Sabía que Dónovan necesitaba al Chamel, por lo que tendría que negociar con él, quisiera o no. Si no llegaba a un acuerdo, Dranga, simplemente, no haría funcionar el motor. Y nadie más que él lo podía manejar, por dos sencillas razones. La primera era que todos los mandos y botoneras estaban escritos en el laberíntico idioma Chamel. Un lenguaje que los Chamel no enseñaban a nadie, al igual que su tecnología. La segunda era que, si Dranga se daba cuenta de que Dónovan o cualquier otro manipulaba el motor, el Chamel lo haría estallar, aunque supusiera su propia muerte. Todos los técnicos Chamel estaban preparados para tal eventualidad. En su mundo eran individuos de tercera categoría. Desde pequeños se entrenaban en sus funciones, una de las cuales comprendía la inmolación.

—Te daré el mismo sueldo que cobrabas hasta ahora. ¿Qué te parece? —dijo Dónovan sonriendo.

—La nave ha cambiado de amo, por tanto, el anterior trato ya no es válido. Se ha de negociar de nuevo —dijo el Dranga.

—¡Hemos de irnos lo antes posible! —dijo Dónovan irritado.

—No es mi problema —dijo Dranga sin cambiar un ápice el tono de voz o la expresión facial.

—Si nos atrapan los duendes, nos freirán a todos, incluido tú. —Dónovan se aproximó a Dranga con cara de pocos amigos.

Dranga se limitó a levantar los hombros y a masticar, emitiendo un sonido semejante a cuando una bota da un paso en el fango. Nina se aburrió de la conversación y regresó a la cabina. Descansó mirando el cielo y las nubes. Al fondo, la estrella Indigo recorría el cielo a velocidad de caracol. A la cosaca le pareció interesante el contraste entre aquel paisaje monótono y tranquilo frente al bullicio de ladrones y comerciantes que había presenciado en el mercado subterráneo, un lugar en el que cada día existía la posibilidad de hacerse rico o morir, o las dos cosas al mismo tiempo. Ella, como soldado, solo gozaba de la segunda posibilidad. Quizás debería hacerse pirata, sonrió para sí.

Cuando Nina ya terminaba el segundo cigarrillo —había escogido uno de aroma de coco—, Dónovan volvió a la cabina.

—¿Cómo ha ido? —dijo Nina.

—Horrible. Pero al final hemos llegado a un acuerdo.

—¿Cuánto?

—Que pasarías una noche con él.

Nina estalló en una carcajada.

—Me gusta verte reír —dijo Dónovan con una mirada seductora.

—¿Es el Chamel o tú quien quiere pasar la noche conmigo? —dijo Nina sonriendo.

—Quizás los dos —dijo Dónovan aguantándose la risa.

—Creo que prefiero al Chamel.

Los dos rieron.

—Vámonos de este agujero —dijo Dónovan pulsando botones y bajando palancas, para después enviar instrucciones a la sala de máquinas.

Los motores de propulsión, situados en la parte trasera de la nave, se encendieron al mismo tiempo que se detenían las turbinas laterales. La nave experimentó una sacudida y salió a toda velocidad hacia adelante. Dónovan cogió los mandos e inclinó el morro de la nave dirigiéndola hacia el firmamento. La oscuridad del espacio los rodeó enseguida. Poco tiempo después, Penumbra era un puntito verde y lejano, acomplexado por el tamaño de la estrella Indigo, la cual se asemejaba a un ojo sin pupilas irradiando un fuego azul a su alrededor.